

mi primer libro; lo acogiste con tierno afecto, y desde entónces este afecto jamas se ha desmentido.

Hoy te ofrezco una nueva y bella edicion de *La Senda de la Gloria*; más correcta que la anterior, es más digna de tí: en cuanto al fondo de la obra nada he podido alterar, porque casi todos sus personajes son retratos que he copiado del natural. No imploro para estas páginas tu benevolencia, porque estoy tan segura de ella, como tú lo estás de mi amor y gratitud.

María del Pilar Sinués.

Madrid, Enero de 1880.

LIBRO PRIMERO.

I.

CUADRO DE FAMILIA.

Hará unos cinco años, ó poco ménos, que el mes de Noviembre dejaba caer sobre París su manto de neblina, á la que sucedia con frecuencia la nieve ó el agua: en la primera quincena de dicho mes, y en una oscura noche del mismo, tres personas se hallaban en un saloncito modesto de un piso tercero, y cada una de las tres parecia hallarse absorta en sus propios pensamientos, sin cuidarse mucho de las otras dos.

Eran dos mujeres y un hombre, los tres jóvenes, y los tres dominados al parecer por una grande y quizá inveterada displicencia.

La habitacion era pobre y pequeña: en la chimenea ardía un buen fuego, y como gracioso contraste, se veian sobre la meseta de mármol dos copas de cristal con pié de madera tallada, llenas de flores y de ramas verdes, que, aunque de las más sencillas, encantaban la vista, atendidos los rigores de la estacion.

La persona de las tres que fijaba alguna vez la vista

en estas bellas hijas de la naturaleza, era una de las dos mujeres: una jóven de fisonomía pálida y dulce, en cuyos ojos grandes y rasgados se leía un mundo de pensamientos.

La otra señora dormitaba y bostezaba alternativamente; tanto como era dulce y poética la figura de la primera, era dura y vulgar la de la segunda, aunque sólo aparentaba contar de veinte y seis á veinte y ocho años; su alta estatura, que se advertía claramente á pesar de estar sentada; sus formas á la vez desarrolladas y angulosas, su cutis muy moreno, y la atrevida mirada de sus grandes ojos, la daban un aspecto más bien varonil que femenino, muy poco atrayente para todos, y sobre todo, para los individuos del sexo fuerte.

Hay en todo hombre de altas condiciones de carácter una especie de repulsion y de desden por todas aquellas mujeres que salen de las condiciones habituales de su sexo: así es más fácil que una mujer de escasa belleza física, pero de cualidades dulces, de dotes de carácter suaves; es más fácil, decimos, que una mujer así consiga un amante apasionado, que el que lo logre una belleza acabada, activa y exigente, aunque se halle dotada de gran talento y de gran cultura intelectual.

La jóven del aspecto más dulce era de ménos estatura, de ménos edad, y quizá de ménos belleza que la activa morena que la acompañaba: ésta aparentaba, como ya hemos dicho, veinte y ocho años: la otra parecía no pasar de los veinte y tres. Su tez blanca y pálida era pura y delicada como las hojas de una azucena: tenía los ojos azules, de mirada dulce y triste, y los extremos

de su boca, un tanto caídos, denunciaban una honda y ya antigua melancolía.

De vez en cuando los ojos de aquella jóven se cerraban con pesadez, ó abriéndose á medias se fijaban en el caballero que se hallaba en la estancia, y que estaba dotado de una bella figura, juzgándola por las reglas más rutinarias de la estética: era de estatura más que regular, delgado y trigueño; desde la primera mirada se comprendía que era hermano de la jóven morena; sus ojos negros, hermosos al parecer, miraban de una manera solapada y fria, ó se agitaban como espantados dentro de sus órbitas quemadas en el borde por agitaciones desconocidas; á pesar de no aparentar más que treinta años, sus cabellos empezaban á ser raros hácia las sienas, y en su sonrisa habia una candidez, ó más bien una expresion de simplicidad que se conocia era fingida si se comparaba con la mirada vivaz y profundamente disimulada de sus pupilas.

Todos tres parecian estar disgustados ó aburridos: el silencio pesaba en la atmósfera, y ninguno sabía de qué modo romperlo.

La jóven morena fué la que tomó sobre sí este cuidado; incorporóse con impaciencia en su asiento y dijo:

— Me voy á acostar.

— ¿Ya? preguntó la otra jóven mirando al reloj, que señalaba las nueve.

— Ya; para estarme aburriendo aquí, prefiero dormir; ¿quieres algo, Diego?

El interpelado volvió perezosamente la cabeza y respondió:

— No, gracias; pero ¿por qué te vas ya á acostar, Natalia? Ha de venir alguno, pues es temprano.

— Cuando viene alguno ya no puedo yo más con mi aburrimiento, objetó Natalia con muy mal humor; y luégo, como los que vienen son tan divertidos..... todos pintores como tú y como Julia, y siempre hablando de premios, y de exposiciones, y de lienzos.....

— ¿Y de qué hemos de hablar? objetó la jóven rubia: eso es lo que más nos interesa, y eso es lo que más nos agrada: ¡nuestro arte!

— Confiesa, Julia, que el vivir al lado de artistas es muy poco divertido, añadió Diego al ver el gesto colérico de su hermana. La pobre Natalia, lo mismo que Adelina, se aburren á nuestro lado.

— Porque quieren, respondió Julia con calor: nunca hacen nada, ni se ocupan de ninguna labor.

— Ten presente que soy mayor de edad y que no necesito reprensiones, dijo Natalia con acritud.

— Yo contesto á tus quejas: dices que te aburres: tu hermano parece darte la razon, y yo digo que te aburres porque estás siempre ociosa.

Julia dijo estas palabras con amargura: la hermana de su esposo la miró riendo burlescamente y con una expresion maligna. Los nervios de la jóven, sobrecitados por la cólera, la prestaron un valor que no estaba en su carácter.

— Y no es lo peor, continuó, el que llesves tú la vida más ociosa y más inútil; lo peor es el mal ejemplo que das á tu hermana Adelina; será siempre un sér desgraciado por tí.

— ¡Basta, Julia! dijo Diego con voz iracunda, pero contenida; tú no eres responsable de la suerte de mis hermanas: evítate cuidados que á nada conducen sino á discusiones muy penosas.

— No volveré á decir una palabra, repuso Julia con acento amargo y cargado de reproches; y para no incomodaros, soy yo la que va á retirarse.

Al decir estas palabras se dirigió hácia la puerta; pero ántes de llegar á ella, se abrió por la parte de afuera, y una gentil figura apareció en el umbral.

El sér encantador que se ofreció á las miradas de la jóven participaba de la alegría de la infancia y de la seriedad de la mujer: era una jovencita de catorce años, que, sin ser bonita, era encantadora por la gracia de sus facciones, la viveza de sus negros ojos, y lo infantil de sus movimientos.

— ¿A dónde vas, Julia? preguntó apoyando su mano en el brazo de la que salía.

— A mi cuarto, respondió ésta con sequedad.

— ¿Quieres que te acompañe?

— No.

— ¿Te has puesto mala?

— No.

— ¡Vén acá, Adelina! gritó Natalia: ¿no has de conocer nunca con quién tratas?

La adolescente, dócil á la voz de su hermana, fué á su lado, aunque triste y cabizbaja. Julia salió, y cerró la puerta tras sí.

— ¡Qué carácter! exclamó su marido: es insopor-table.

— ¿Insoportable Julia? repuso Adelina, ¡si es la misma bondad!

— Lo que sucede es que nos tiene ódio y rencor, observó Natalia á su vez. Diego, será forzoso que nos señales algo y que nos separemos de vosotros; estaréis mejor solos, porque el humor de tu mujer se agria por momentos.

— Pues tendrá que ver cómo lo suaviza, repuso Diego. Nada puedo señalaros, porque nada tengo seguro: nuestro solo elemento de vida son los pinceles de Julia y los míos; algunas veces se puede acabar un cuadro más pronto, y otras se tarda mucho más de lo que se creía; ya sabes que hay temporadas en las que lo pasarías muy mal.

— Y tanto como lo sé.

— Julia por sí sola no es nada; pero á mi lado gana dinero como yo, y con lo que ambos trabajamos vamos viviendo todos.

— Creo, observó Natalia con una sonrisita malvada, que si tu mujer sigue así, habrás de separarte de ella.

— ¡Pobre Julia! ¡perecería de miseria! — dijo con tierno acento Diego.

— No, lo que es eso, no, repuso Adelina; que Julia, como dice Mister Jedd, ese inglés del pelo amarillo, pinta divinamente, por más que asegurais vosotros que nada vale lo que hace..... Pero, calla; ¡el ruín de Roma, que así que le nombran asoma! Aquí está ya Mister Jedd y Mr. Drut y todos los demas: conque, abur, que sólo de verles me da sueño.

II.

NATALIA BLANFORT Á LUCILA MERRY.

París, Noviembre de 1875.

Ya es hora de que tome la pluma para tí, querida amiga mía, y lo extraño y culpable es que no puedo achacar mi silencio á causa ninguna positiva, más que á uno de esos accesos de mal humor, que tú sabes me dominan y que tantas veces me has reprendido.

Tengo á la vista dos de tus queridas cartas, las últimas, y veo por ellas que eres feliz en tu nuevo estado, y que pronto el cielo bendecirá tu enlace dándote un hijo: quizá le tengas ya al recibir ésta, y enfadada—con justa razón—no hayas querido darme parte de tu nueva felicidad; pero tú, que eres dichosa, debes perdonarme á mí, que sufro.

—¿Por qué?—me preguntarás admirada, sabiendo que mi carácter es poco susceptible y mi corazón bastante duro; y yo debo responder á esa pregunta tuya, que escucho desde aquí:

—Porque en torno mio se agita algo de siniestro y fatal, que no alcanzo á ver, pero que toco y reconozco.

Julia sigue como siempre, expansiva, generosa, tierna unas veces y otras brusca, según sus impresiones: tú, Lucila, que tienes mucho talento, me has dicho algunas veces que las desigualdades del carácter de mi hermana política proceden de la excesiva sensibilidad de su alma, y yo te creo: sensible debe ser, en efecto, cuando salen de su pincel cuadros de tan maravillosa hermosura, y que le pagan—esto es lo positivo—á tan subido precio; pero á pesar de sus bellas dotes, yo no amo á Julia, siento darle el nombre de hermana, como ahora he hecho por complacerte, y siento más que sea la esposa de mi hermano, de mi querido Diego.

Me preguntas si me divierto, y te diré que, lejos de eso, me aburro grandemente. Adelina es casi mi sola compañía; aunque sólo cuenta catorce años, como tú sabes, me deja muy pocas veces, porque me ama con extremo: es verdad que la dejo hacer todo lo que quiere, porque me divierte ver rabiarse á Julia, la que, según presumo con bastantes pruebas, no puede sufrir á las hermanas de su esposo: no sé si la niña conoce la animadversión de su cuñada para ella; pero es lo cierto que la incomoda todo lo posible, y que huye de ella con un cuidado exquisito y constante.

Adelina, como te digo, no me abandona casi nunca, y algunas veces me hago la ilusión de que mi hermanita pasará toda su vida á mi lado.

En cuanto á mis amores, querida Lucila, muy poco tengo que contarte: no tengo novio: estas palabras deben decirte bastante claro que prosigue mi posición excepcional.

Y ahora que hablamos de esto, Lucila, quiero que me digas, con la franqueza propia de la buena amistad, en qué consiste este terror pánico que yo inspiro á los hombres: mi espejo no me dice que sea fea: ¿me engañará? ¿será para mí ménos franco que para todas las demás mujeres? no es que yo te pregunte esto porque pueda darme pena á los veintiocho años mi colocación futura; pero es que me choca que, aunque muchos reparan en mí y aún me dirigen galanterías, debe haber en mí persona algo de repulsivo y de extraño, cuando á ninguno inspiro un afecto sincero: esto me tiene triste con frecuencia, y hay instantes en que me parece que ni mi hermano me ama de veras.

Algunas veces he deseado que Diego estuviese dotado de un carácter más apasionado y vehemente: tiene, como tú sabes, muy poco corazón: es egoísta como todos los hombres, y quizá más que muchos otros: además, la ciega y exigente pasión de su mujer le tiene como esclavizado: no es dueño de dirigirnos una frase cariñosa, ni á la niña ni á mí, sin que el semblante de Julia exprese la cólera ó el dolor: ¿no es esto el colmo de la ridiculez, después de seis años de matrimonio? ¿no debía haber ya cedido esa afición en mi cuñada?

Nunca sale á no ser con él, y cuando les acompañamos Adelina y yo, Julia va de mal humor, apenas habla, ó si lo hace, es con tono irritado y doloroso.

Por lo demás, nuestra posición mejora poco: en este París tan caro se necesitan muchos medios para vivir con alguna decencia: el día se lo pasan trabajando en el taller Julia y Diego: Adelina ya no va al colegio, por-

que no hacía nada; y ahora, que está en casa, pasa el tiempo en el balcon, aunque por nuestra calle transita poca gente, ó en incomodar á la criada: yo tampoco me ocupo de otra cosa que de leer algun rato, hablar con las vecinitas del cuarto tercero de casa, que son dos hermanas muy feas, y dormir ó leer tendida sobre mi lecho ó en un sillón.

Por la noche vienen algunos amigos. Julia no tiene relaciones con señoras, porque, ocupada todo el dia en el taller, hace y recibe pocas visitas: ademas, la sociedad le cansa; delante de gentes bosteza y no trata de ocultar su fastidio, lo cual, como debes suponer, las enfada y las ahuyenta de su casa.

¡Tú sí que debes ser dichosa, querida Lucila! Con un esposo galante, lleno de atractivos y que todos te envidian; madre ya, ó próxima á serlo, jóven y bonita, nada más que la riqueza debe faltar á tu felicidad, y ésta ya sabes, y tú misma dices, que aunque ayuda á conseguirla, no es absolutamente lo que la constituye: sin embargo, perdona que en esta parte difiera un poco de tu modo de pensar: quisiera ser rica, sí, muy rica; quisiera que todos en general, y en particular *todas*, admirasen mi fausto y le tuviesen envidia; porque ya sabes que yo á mi vez envidio á los demas, y ambiciono para mí todas las dichas de la tierra.

Basta por hoy, mi amada Lucila: adios, me canso de escribirte, y nada más puedo decirte ya: diviértete lo posible y recibe un abrazo de tu mejor amiga

NATALIA.

P. D.—Diego y Julia no saben que te escribo; ¿para qué? ni yo me cuido de lo que ellos hacen, ni ellos de lo que hago yo: deseo mucho volver á Madrid para pasar algunos ratos á tu lado y criticar á todos, que es lo que más me divierte. Adios otra vez.

III.

DOÑA ANDREA Y SUS HIJOS.

Hacia fin del verano de 1869 casó un joven, llamado Diego Blanfort, con Julia Rivas, preciosa niña que no habia cumplido los diez y siete años : su marido la llevaba siete, y tenia por toda fortuna sus pinceles y dos hermanas ; la una de veinte y dos, y la otra de ocho años.

Diego era de origen frances : su padre, rico comerciante, enfermó del pecho cuando aún era joven : le mandaron viajar, y al visitar á España, le detuvo en Andalucía un amor profundo y verdadero : casó allí, y poco despues vino con su esposa á Madrid.

Pudiera creerse que el destino esperaba á que hubiera tomado aquella resolucion para descargar sobre monsieur Blanfort los golpes más crueles : sus negocios, descuidados por él á causa de su penosa enfermedad y de sus viajes, empezaron á tomar un aspecto ruinoso : su apoderado general abusó de su confianza, y un año despues de su casamiento se vió envuelto en una ruina cierta y dolorosa.

Tantos disgustos agravaron el mal estado de su salud, y su enfermedad hizo en poco tiempo rápidos progresos ;

mas á pesar de su deplorable estado, se obstinó en marchar á París, á fin de ver si podia, al ménos, asegurar á su joven esposa y á un hijo que ya tenia, una modesta renta vitalicia.

No lo pudo conseguir ni aún á costa de inauditos esfuerzos : los viles que le habian arruinado se burlaban de la impotencia moral que las enfermedades largas y mortales traen consigo : los documentos, los libros de caja y hasta las personas habian desaparecido : la accion de la justicia es lenta, y M. Blanfort se moria : aquella lucha agotaba sus fuerzas y cada hora daba un agigantado paso hacia el sepulcro.

Esperando cada dia no ver el sol del siguiente, pasaron algunos meses y se cumplieron cuatro años de su matrimonio : su esposa le escribió que habia dado á luz una niña, y en la misma carta le reconvenia por su tardanza en volver á su lado, acusándole de indiferente para su familia.

Pero el desgraciado negociante no debia ya volver á ver á aquella familia, que, léjos de serle indiferente, amaba con toda su alma, y por la cual acababa de perder lo que le restaba de vida, en su afan de procurarle una posicion cómoda y desahogada.

M. Blanfort ya no pudo contestar á su esposa por su mano, pero firmó una carta en la que le aseguraba que haria todo lo posible para reunirse á ella : la esperanza de conseguirlo no existia en el corazon del moribundo, pero no queria entristecer á su mujer.

Su esposa recibió con la carta una cantidad de dinero, única que habia podido reunir, la bendicion para sus

hijos, y el encargo de que los abrazase muchas veces en nombre de su padre.

Mme. Blanford recibió estos encargos con bastante enfado : era una mujer de duro corazón y de maneras bruscas y vulgares : jamás había amado á su esposo, quien, por esa ley invencible de los contrastes, adoraba en ella y le probaba de todos los modos posible su adoración. Mme. Blanford lloró de ira, acusó mil veces la mezquindad de su marido en enviarle tan poco dinero, y se consoló hablando mal de él con todos sus vecinos, incluso la portera de la casa, de la que era bastante amiga.

Así pasaron algunos días : una mañana doña Andrea, que así se llamaba la esposa del negociante, recibió una carta cerrada con lacre negro : noticiábasele en ella la muerte de su esposo, cosa que ella supo con muy poca alteración.

—No pienso apurarme, le dijo á la portera, puesto que llorando no puedo volverle á la vida : veré si esta persona que me escribe puede recogerme algo en París, pues creo yo que algo quedará.

— ¡Pues es claro! afirmó la portera : su marido de usted llevaba una buena sortija y un hermoso reloj, amén de los botones de la camisa, que eran de gran valor, y todo eso debe venir á poder de V.

Doña Andrea escribió, pues, á la persona que le había noticiado su viudez, pidiéndole los fondos que hubiera dejado su esposo y las alhajas de su uso ; pero en la respuesta se le decía que todo se había vendido para los gastos de entierro, y que no podía contar con un solo real.

Esto fué más sensible para la ex-negocianta que su viudez : rabió mucho, maldijo á los amigos de su marido, y maldijo también el día en que le ocurrió hacer su malhadado casamiento sin haberse informado ántes de si era rico como él decía, ó si era tan pobre como la había dejado á ella.

Pero como todo dolor tiene su término, y según el organismo del que lo siente, este término llega más ó menos pronto, la viuda se consoló en breve y se dijo :

— Pondré una casa de huéspedes y así iré viviendo, y aún todavía es muy posible que haga dinero.

Quince días después abría, en efecto, una casa de huéspedes para jóvenes de esos que, recibiendo de sus padres una decente pensión, se ven obligados por los desórdenes de su vida á buscar la posada más barata posible, á fin de contar con más medios para sostener sus innumerables vicios.

Doña Andrea era mujer muy á propósito para especular con esta clase de gente : ellos le pagaban poco y mal ; pero ella les daba tan mala mesa y tan escasa asistencia, que no correspondía á la retribución, por mezquina que ésta fuese.

De esta suerte aún halló medio de hacer lo que ella deseaba — algún dinero — y al año no cumplido de establecer su industria, ya prestaba á sus mismos huéspedes con crecida usura.

Al lado de aquella mujer fría é interesada se educaron Diego y Natalia, excepto las horas que pasaban cada día en sus respectivos colegios : el niño se parecía á su padre, y distaba mucho del vulgar organismo de doña

Andrea el que le había sido concedido por el cielo; pero, separadamente de esto, y en lo que tocaba á su carácter, estaba lleno de defectos, que nadie se había cuidado de corregir, ni aún de advertirle.

Era débil, voluble, pusilánime; ninguna de las cualidades fuertes del hombre brillaba en él: era capaz de llorar de cólera, pero no de sentimiento ó de dolor: era duro con su madre, á la que despreciaba y juzgaba, con razon, muy inferior á él; pero esta idea que del escaso valer de doña Andrea tenía no le obligaba á una tierna conmiseracion ó á una tolerancia cariñosa, sino á los modales más duros y más despreciativos.

Respecto á su hermana eran más dulces los sentimientos de Diego: la amaba, y hasta la creía hermosa sin serlo; aunque comparada con su madre, la gruesa y tosca doña Andrea, Natalia parecía una ninfa, á pesar de su tez morena y basta, de su estrecha frente y de su mirada atrevida y dura.

Diego entró en el taller de uno de los pintores de más fama de Madrid; no quiso seguir ninguna carrera que le empeñase en estudios graves, y jamás pensó en que podría adquirir algún destino en cualquiera de las dependencias del Estado: seducido por su vocacion, que era realmente de artista, y por la seguridad de ganar mucho dinero á los pocos años de estudio y de trabajo, adoptó aquella profesion, y sobresalió bien pronto entre todos sus condiscípulos.

Natalia se ajustó como actriz de tercer orden en el teatro del Circo, á los diez y seis años: desde su primera salida, en un papel de criada que tenía ocho ó nueve

palabras, se advirtió en ella gran desenvoltura, pero muy escasa inteligencia; sin embargo, oía decir cerca de ella que era bonita, y al día siguiente recibió tres billetes con otras tantas declaraciones de amor.

A los veintitres años abrió Diego su taller de pintor en una calle solitaria de Madrid: esperaba que su indisputable talento le facilitaría un porvenir, y para esperarle contaba con algunas lecciones, que ya le daban una ganancia módica, pero segura.

La señorita Julia Rivas era una de sus discípulas más aventajadas: esta jóven, hija de un empleado de poco sueldo, había tenido desde los doce años un anciano maestro, que murió de una enfermedad del pecho: era un hombre ilustre y casi desconocido, que trató siempre á su discípula, de quien era padrino, con excesiva severidad.

La pobre Julia, acostumbrada á las continuas reprensiones de su maestro, no creía valer nada, y muchas veces hubiera arrojado sus pinceles desanimada, á no oír dentro de su alma una voz misteriosa que le decía:

«Adelante; ése es tu camino; sigue por él, y al fin hallarás la recompensa de tus fatigas.»